

La gestión política y periodística de *Medio Siglo*

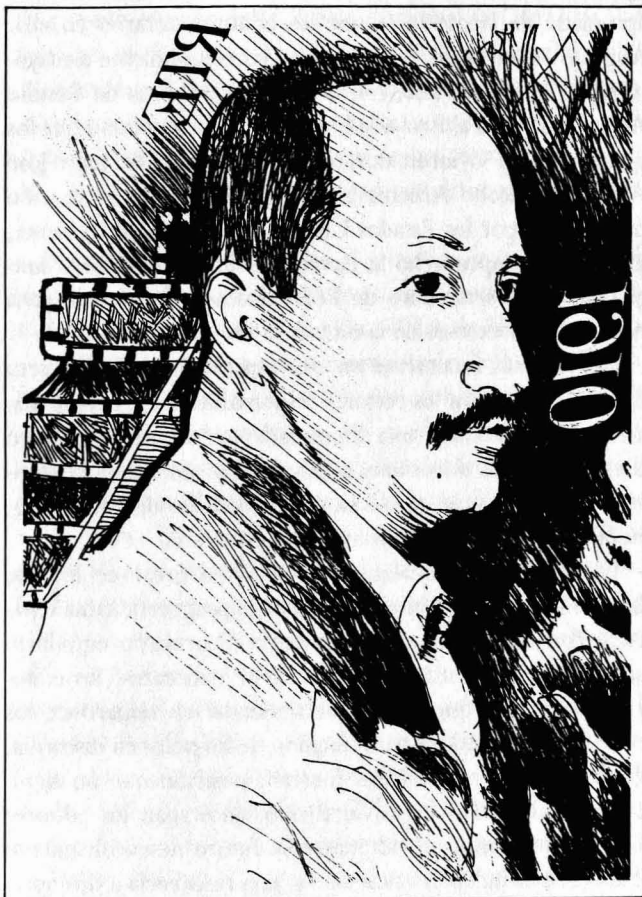
El principio

Lo que nombramos, dentro de la historia de la cultura en México, y gracias al atisbo de Wigberto Jiménez Moreno, así como a las precisiones preliminares sobre el tema de Enrique Krauze, generación de *Medio Siglo* es un grupo de artistas, intelectuales y políticos cuya gestión resulta protagónica en el curso de la década de los años sesenta. Atenido a la aritmética generacional de José Ortega y Gasset, el autor de *Caudillos Culturales de la Revolución Mexicana* determinó las siguientes coordenadas extremas para situar la "zona de fechas" del natalicio de los integrantes de *Medio Siglo*: 1920 y 1935.

Los primeros trabajos de la generación pertenecen, como es previsible, a tiempos anteriores a la década de los sesenta; Krauze estableció como fecha de la presentación pública de sus miembros mayores, la segunda parte de los años cuarenta. El hecho que estimula su propuesta es un congreso en torno de la Revolución Mexicana, donde Jaime García Terrés y Emilio Uranga expusieron un dictamen adverso del proceso que institucionalizó el movimiento armado. Ambos estrecharon la mano de quienes, desde otra edad, habían practicado, en la misma época, las incisiones definitivas en el discurso revolucionario de los gobernantes: Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas. La anécdota no se limita a designar una señal en el tiempo: estatuye una herencia ideológica.

La revista estudiantil *Medio Siglo* es, en los primeros años del decenio de los cincuenta, la segunda noticia del nacimiento de la generación. Este impreso, animado por los estudiantes de la Facultad de Jurisprudencia que aprendían la teoría general de su materia en los libros de Balzac y bajo la dirección de Manuel Pedroso, representa con fidelidad las inquietudes de aquellos años.

La primera época de la *Revista Mexicana de Literatura*, que corresponde a sus dos primeros volúmenes constituidos por doce entregas (septiembre-octubre de 1955 a julio-agosto de 1957) es el domicilio que reunió por primera y última vez un cuadro satisfactoriamente completo y maduro de la generación. Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo dirigieron la revista, Tomás Segovia se unió al cargo a la mitad del camino. No será una impostura ni un exceso acudir a las páginas de la primera época de ésta para obtener una imagen de las tensiones intelectuales de la generación. Los interesados en la contribución del grupo a la literatura nacional se han detenido en algunos aspectos del impreso y han comenzado a relacionarlo



José Vasconcelos

con otras revistas del periodo que terminarían con configurar el rostro de aquel segmento de las letras de México (*Estaciones, Diálogos, Revista de la Universidad, Revista de Bellas Artes...*).

La *Revista Mexicana de Literatura* contiene, a un lado de su labor literaria, cuyo examen no corresponde a los intereses de estos apuntes, una actividad ideológica desarrollada a través de las cuartillas de una sección fija, dispuesta en las últimas páginas de cada número. Actividad que es, en rigor, el apéndice de un juicio universal sobre la cultura que tanto importó a los responsables de la revista. La sección cuenta con dos épocas. La primera, bajo el nombre de "Talón de Aquiles", integró notas, anónimas en su mayoría, ocupadas en el examen y en el comentario de revistas hispanoamericanas, inglesas, norteamericanas y francesas, principalmente. Además de rati-

ficar el interés de los editores por las literaturas escritas en lengua francesa e inglesa, la sección abrió una ventana sobre la Unión Soviética, y estimuló el diálogo interno de diversos agentes del ambiente cultural mexicano. Polémica, contradictoriamente polémica, "Talón de Aquiles" expresó sus ideas menos por la declaración de un autor que por la cita significativa. Su lectura propone un sistema de referencias cruzadas que revela una asamblea de ideas, autores y publicaciones asumida por sus responsables. Fuentes comenzó entonces el aprendizaje de una de las vertientes más radicalmente contemporáneas del oficio literario: el escritor como un estratega de señales de comunicación.

La sección cambió su nombre por el de "Actitudes", y sus notas ganaron diversidad en los asuntos, extensión y firma. Quizá un par de ejemplos ayuden a establecer una idea más apropiada de la conducta que los editores cifraron en ella. Augusto Monterroso, en la entrega correspondiente a mayo-junio de 1957, escribió, con motivo del asesinato de Castillo Armas, una nota alusiva a la libertad y al nacionalismo que los guatemaltecos vivieron durante los mandatos de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz, interrumpidos por la usurpación patrocinada por los Estados Unidos. En el número siguiente, Eunice Odio aprovechó la novedad editorial de *Estirpe sangrienta: los Somoza*, libro de Pedro Joaquín Chamorro, para hablar de los excesos de la dictadura en Nicaragua.

La tesis más recurrente en este espacio, la de la "tercera fuerza", ganó para los editores responsables de la *Revista Mexicana de Literatura* una identidad perdurable en el foro mexicano de las discusiones públicas. El problema de la originalidad de esta postura escapa a los propósitos de este ensayo, no así los caminos de su asimilación mexicana.

La revista negó cualquier simpatía en favor de los dos bandos que el orden internacional de la posguerra había separado con tenacidad y en obediencia al precario equilibrio suasorio de los armamentos. Ante este panorama, los editores recordaron que cada día aumentaba el número de los países que, sin pertenecer a ninguno de los polos en discordia, conformaban una "tercera fuerza"; posición que no significaba neutralidad y pasividad sino, apostaban los editores con una confianza no extraña en su futuro desenvolvimiento público, una independencia activa, una resistencia a dos opresiones.

La solución al dilema nuclear, decían, habrá de buscarse al margen de la pugna de los imperios y más allá de los argumentos militares. El alegato de Fuentes y Carballo continuó hasta caracterizar el contenido de la "tercera fuerza" por oposición a los dos bloques y en identidad con la fórmula histórica de nada menos que la Revolución Mexicana, la cual, "acaso sea también la que resuelva la crisis contemporánea: la posibilidad de construir un orden que concilie la libertad personal y la justicia social, que dignifique a la persona humana dentro de los marcos colectivos". He aquí la primera noticia de la proyección internacional de la Revolución Mexicana que la porción política de *Medio Siglo* ensayó con el propósito de superar las vacilaciones de quienes la discutían como un asunto doméstico, y de quienes, además, ya habían dictaminado su muerte o inexistencia en las célebres discusiones de los años cuarenta.

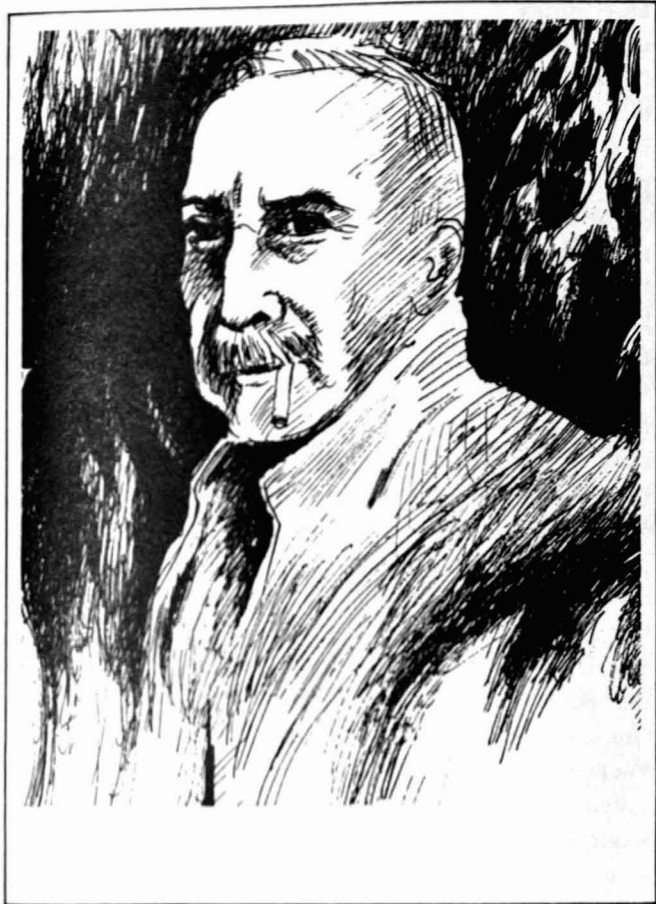
Al pasar lista de las tareas urgentes y de los obstáculos a vencer para consolidar la "tercera fuerza", los editores fijaron el plan político e ideológico que habría de fortalecerse en los textos futuros de Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero, Fernando Benítez, Víctor Rico Galán... y que anticipaba la unidad de escenarios nacionales e internacionales de su periodismo político:

La ausencia de un movimiento revolucionario independiente, de un libre sindicalismo internacional, que agrupe la fuerza obrera dispersa, es otro obstáculo paralizador [...]. Pero nada impide buscar la creación de ese movimiento: la falta de relaciones entre agrupaciones obreras independientes de Asia, Europa y América Latina favorece la polarización de fuerzas; la creación de esas relaciones contribuiría a diluirlas. Y esto nos conduce a la verdadera función de una tercera fuerza: primero, disminuir el ritmo de la carrera armamentista negándose a participar en ella; segundo, y puesto que no será la fuerza militar lo que se puede oponer a las dos potencias, buscar fuera de la razón militar la fuerza propia, oponible a esas dos potencias. ¿Cuál será esta fuerza propia? **La demostración de una capacidad para organizar mejor que las grandes potencias una sociedad humana, verticalmente humana.**

En correspondencia con su interés por demostrar la viabilidad histórica y la necesidad moral de la "tercera fuerza", y conocidas sus objeciones a la ingerencia en los asuntos de América Latina de la diplomacia norteamericana, la *Revista Mexicana de Literatura* se ocupó del fracaso de lo que alguna vez había representado la "segunda fuerza": la primera revolución socialista y su zona de gravedad geográfica. Sus páginas se unieron a la crítica europea que corre del viaje a la URSS de Gide, a la antinomia que titula una de las revistas francesas más influyentes en aquel tiempo: ¿Socialismo o barbarie? Criticaron el dogmatismo, las cárceles del espíritu, de la inteligencia y de los hombres. En este contexto, puede entenderse la simpatía de los editores de la revista por George Lukacs, en quien destacaron la capacidad de comprender la complejidad del mundo contemporáneo, y su consejo en favor del abandono de cualquier postura sectaria y dogmática. La proposición de Lukacs de un diálogo universal irrestricto, así como sus juicios estéticos, no pudieron menos que conmover profundamente a los editores. Así recibieron el material del teórico marxista traducido por el joven Víctor Manuel Flores Olea, residente en Italia:

[...] el marxismo, cuando se emplea no como un dogma, sino como un método de investigación, conduce a la lucha contra las realidades impuestas por quienes hacen del marxismo un biombo ideológico de la política de fuerza y del hecho consumado, una "justificación" teórica de actos que el marxismo, como filosofía humanística y rebelde, nunca puede sugerir ni aprobar.

Algunos años más tarde, Carlos Fuentes declaró en un auto-



Daniel Cosío Villegas

examen público que su "información" la debía al marxismo, pero "no en cuanto dogma absoluto o reductor —que es la negación del pensamiento de Marx— sino en cuanto método de interpretación de determinados fenómenos de la vida histórica y llamado de libertad e integración de posibilidades humanas".

A esta lección aprendida es preciso agregar aquella que declaraba que, junto con el deceso de Stalin, había finalizado la etapa de oposición insuperable entre Washington y Moscú, y se abría "un periodo de cooperación entre toda clase de elementos, a favor de la paz y de la coexistencia".

Los llamados a corregir la configuración internacional y la arquitectura de las ideologías hallaron en la revista una respuesta veloz y generosa: la condición de un vitalismo intelectual que alcanzaría en los años sesenta su madurez definitiva (acaso el último vitalismo permitido en este siglo a la inteligencia).

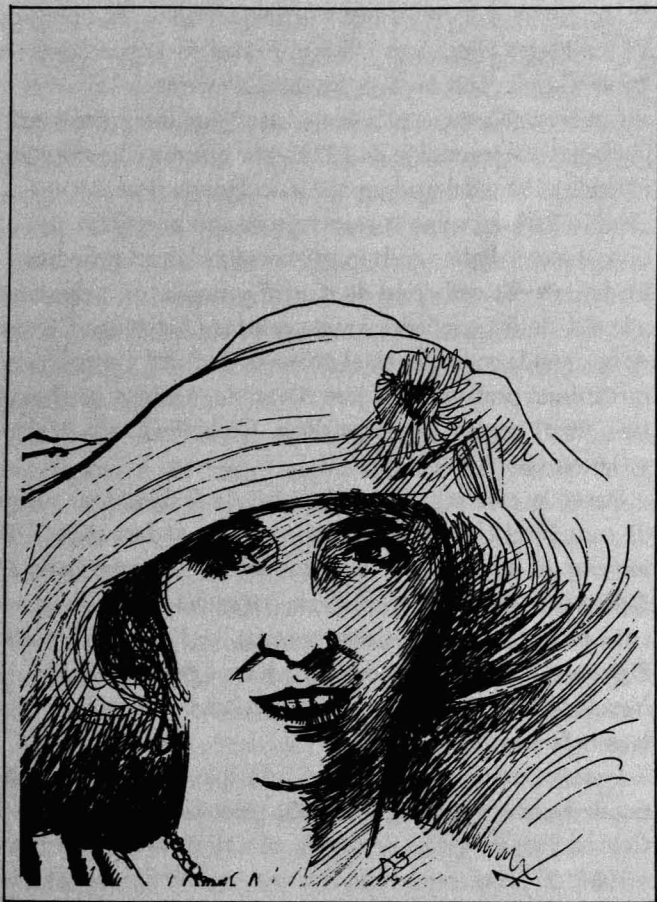
Las posiciones ideológicas de la *Revista Mexicana de Literatura* anunciaron el tránsito de sus animadores por experiencias editoriales marcadas con el sello inconfundible de la política. En el camino inmediato destaca la publicación del mensuario *El Espectador*, presagio de las tempestades de los años sesenta, como pretende Krauze, o "la única publicación disidente de su momento", según el orgullo previsible de Carlos Fuentes. Es el instrumento político del grupo que, en adelante, no podrá dejar de ser asociado al nombre del autor

de *La región más transparente*: Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea, Luis Villoro, Francisco López Cámara, Jaime García Terrés. Son los hombres que admiraron a sus padres generacionales inmediatos (los integrantes más jóvenes de la generación de 1929), por quienes conocieron la práctica pública del marxismo (Efraín Huerta, José Revueltas, Octavio Paz), así como la existencia de una alternativa profesional ante el destino de la institucionalización: el periodismo. En las salas de redacción de diarios y revistas se reunieron, además de los porfiados vasconcelistas (Alejandro Gómez Arias), con la confianza en el proyecto nacional y popular del cardenismo profesada por José Alvarado, Enrique Ramírez y Ramírez, Francisco Martínez de la Vega, Fernando Benítez y Gastón García Cantú.

Hasta la casa editorial fue parte de la herencia: luego de cumplir el ciclo de la *Revista Mexicana de Literatura* y de ingresar en el terreno de las ideas radicales al escribir en *El Espectador* y en *Política* (conciencia crítica del panorama nacional e internacional de los años sesenta), los hombres de *Medio Siglo* que nos incumben permanecieron, desde el éxodo de *Novedades* en 1961, en un exilio que convirtieron en su propio hogar: *Siempre!*

Dos acontecimientos señalan el principio de la jornada política de Fuentes y sus allegados como periodistas: la Revolución Cubana y los desajustes de la vida pública de México en 1958 y 1959. El primero permitió la proyección definitiva del grupo y la formalización de un discurso coherente que integró opiniones dispersas originadas por motivos diversos: Cuba se convirtió en el eje de un alegato latinoamericano donde los Estados Unidos, Europa, Asia y África ocupaban sitios precisos y valorados. El segundo acontecimiento definió la distancia de los jóvenes periodistas frente a la Revolución Mexicana. Ambos señalan los extremos de la actuación pública del grupo: Cuba y la crítica política en México: socialismo e independencia internacional, por un lado; nacionalismo popular y una democracia donde las elecciones han perdido valor ante la organización del pueblo, por el otro. Extremos que delimitan lo que Fuentes pensó como un programa político, válido desde *El Espectador*, 1958-1959, hasta 1971, año en que el vocabulario histórico y los viajes al extranjero diluyeron su presencia en México. Extremos a menudo confundidos gracias a la promoción, durante los años sesenta, de una solidaridad popular latinoamericana, y a una oposición política interna que si no tenía reservas para invocar a Marx, tenía entre sus emblemas más distinguidos a Zapata y a Cárdenas.

No propongo una división radical entre los temas que obsesionaron la atención periodística de Fuentes y de su grupo: la marcha de los acontecimientos comprometió en un solo impulso intelectual sus meditaciones diarias. Incurro en la separación de sus horas mexicanas y latinoamericanas por razones expositivas. Baste por ahora con un acercamiento a la percepción histórica que Fuentes y su grupo tuvieron de la Revolución Mexicana, quizá con ello se precisen algunos rasgos de las actitudes históricas y de las ideas compartidas por quienes llaman la atención de estas líneas. En todo caso, a mi juicio, con las notas que vienen, queda completo el panorama introductorio de las claves históricas y de los códigos culturales que



Antonieta Rivas Mercado

asumieron en su afán por ser contemporáneos beligerantes de su tiempo. La reseña de sus combates queda para más adelante.

En obediencia a un acuerdo notable por su espontaneidad y por revelar una suerte de temperamento histórico común, los miembros del grupo de intelectuales que nos interesa definieron en 1959 a la Revolución Mexicana como un movimiento social de carácter democrático y burgués, antifeudal, con acento popular y antiimperialista. El resumen que el grupo hizo de los propósitos del movimiento reside en los siguientes enunciados: el exterminio del feudalismo porfirista por medio del reparto agrario, el sufragio libre y la no reelección, la fundación de una economía nacional. Los enunciados del resumen, que recuperan en mi versión, hasta donde es posible, la comunidad verbal de sus exponentes, advirtieron con agudeza las dos caras del levantamiento armado, la socialista y la liberal, y con mayor precisión, su pretendida unidad en "un Estado de acusados perfiles socializantes", enmarcado en el régimen legal propio del liberalismo.

El descubrimiento, que no era extraño a los estudios de Frank Tannembaum y Daniel Cosío Villegas, por hablar de dos ejemplos, tuvo, en manos del grupo político de *Medio Siglo*, consecuencias críticas contrarias a la lectura liberal del sociólogo norteamericano y del historiador mexicano. Intentaré referir sus razonamientos.

Los perfiles de la Revolución coexistieron provechosamente

en el vórtice de la gesta de 1910, aunque el resultado final de ese matrimonio sea adverso: la revolución burguesa se había servido, para su triunfo, de la revolución popular o, dicho con las palabras de Víctor Flores Olea, la victoria de la vertiente burguesa –la institucionalización– canceló la popular.

Fuentes escribiría años más tarde que "México sólo ha roto sus máscaras con la Revolución", lo que suponía una distinción entre la identidad liberal del movimiento armado y la violencia popular, además de una preferencia por esta última. Al fin, pensaba, luego de tres siglos, México rompía sus máscaras y podía contemplar su rostro verdadero, o de modo más elocuente, y según su afortunada figura literaria, el vendaval romántico destruía, por un momento, la severa línea clásica que suele ocultarnos. Sigo con el discurso de Fuentes: "el verdadero rostro de México", después de la usurpación burguesa, había vuelto a ocultarse tras el clacismo de un régimen presidencialista.

El grupo también coincidió en la tesis que establece a la Revolución como un segmento de un proceso mayor completado por la Independencia y la Reforma; proceso que Enrique González Pedrero llamó "Revolución libertaria", y Carlos Fuentes, "Proceso revolucionario mexicano". Tesis congruente con el siguiente diagnóstico, construido bajo los supuestos del materialismo histórico (instrumento del cual se habían servido para comprender la rebelión armada): en tanto que eslabón imperfecto de un proceso mayor, la Revolución Mexicana ha dejado sin resolver problemas ahora expresados por "las contradicciones existentes del orden social y político que vivimos en la actualidad" (Víctor Flores Olea). Por obra de la marcha de los procesos históricos, el escenario de 1910 no existía más, aunque había legado sus contradicciones no resueltas en los términos que la nueva estructura histórica exigía. Carlos Fuentes fue más explícito:

Paralización de la revolución popular. Estancamiento de la burguesía productora, como consecuencia de dicha paralización. Avance de la alta burguesía mediante la alianza con el capital extranjero. Péxima distribución del ingreso nacional. Marginalidad económica, social y cultural de la masa mayoritaria del país. Presión sobre las nuevas clases medias que en treinta años, penosamente, han ascendido desde la masa marginal. La situación, ciertamente, rebasa con mucho los presupuestos de la Revolución de 1910, amenaza los presupuestos mayores del proceso revolucionario mexicano y exige un nuevo planteamiento de la problemática nacional.

A esta percepción de un problema doble –herencia de 1910 pero expresión de las nuevas contradicciones históricas– correspondió un pronunciamiento similar. De 1910 habría que recuperar las bodas celebradas a despecho de la burguesía por la Revolución entre el gobierno y la sociedad; habría que acentuar los objetivos populares originales de la Revolución Mexicana para llevar a feliz término el "proceso general revolucionario" que la burguesía, con su intervención en el ciclo de 1910, había escamoteado al Estado y al pueblo.



Felipe Carrillo Puerto

La otra vertiente del diagnóstico emanaba directamente de lo que al grupo pareció la crisis definitiva de la precaria colaboración de clases, y que abría una herida en el México político, incluido el partido en el poder: herida que separaba la derecha de la izquierda. En la izquierda, los hombres de *Medio Siglo* situaron sus posiciones públicas, en la izquierda –heredera del 1910 popular y dueña del entendimiento de la nueva estructura histórica y de sus contradicciones– imaginaron el lugar de la solución de la crisis del país.

¿En qué consistía esa solución? En un concilio de “las izquierdas” de México que completara el proceso revolucionario del país y, según Francisco López Cámara, que preparara el advenimiento de una nueva etapa histórica.

Pero antes que esta meta general existían otras particulares e inmediatas como el cumplimiento de los reclamos agrarios de 1910, la defensa de la industria nacional y –aportación de Carlos Fuentes– el fortalecimiento de la izquierda dentro del Estado, “apoyarlo en su actitud patriótica”, y “criticarlo cuando falta a su deber”; organizar con urgencia y con independencia a los campesinos y a los obreros; ocuparse del sindicalismo mexicano, capaz de asegurar “la continuación del proceso revolucionario más allá de la definición cíclica de la Revolución de 1910”, contingente que, a pesar de la inepticia de la izquierda en México, ha demostrado sus arrestos “para actuar decidida y organizadamente a fin de alcanzar las mejoras apetecidas”. En 1963, la reconvención de Carlos Fuentes a la izquierda se agudizará, al mismo tiempo que postulará una distancia saludable entre Estado e Izquierda en el dibujo de sus opiniones:

La izquierda fue –o creyó ser– el Estado en los años heroicos de la revolución mexicana. Mal que bien, sentía que el Estado, con fallas y retrocesos, conducía una política de reforma progresista. Pero esta solidaridad con el Estado hizo olvidar a la izquierda la necesidad de su propia organización.

Mudanza inevitable: habida cuenta de su admiración por Lázaro Cárdenas como salvaguarda de la revolución popular, “conciencia perturbadora de los ‘revolucionarios’ de a mentiras”, y conocida su consecuente animadversión contra las administraciones posteriores, la defensa del romanticismo revolucionario, de la vertiente popular, de la veta clausurada, tendría que inaugurar un nuevo feudo: “la nueva izquierda”; feudo nacido entre 1958 y el Movimiento de Liberación Nacional, pasando por Rubén Jaramillo, la Central Campesina Independiente, el Departamento Agrario y, siempre, bajo la mirada patriarcal del General Cárdenas.

Con el fin de completar el programa de su desempeño político a través del periodismo, sólo un punto quedaba pendiente en este conjunto de ideas; un punto que sintetizaba las convicciones extendidas por el territorio de América Latina en materia de literatura y que consistía en destacar las obligaciones sociales, la dimensión pública del testimonio escrito de la inteligencia. Los escritores, antes que artífices de ficciones, parecen convertirse en monitores críticos de sus sociedades, en sumos sacerdotes de la salud pública del continente, en estrategias de las ideas. Su asociación con periodistas, científicos sociales y políticos, apenas si puede resultar una sorpresa. El sistema de producción literaria de los años dorados de América Latina en este siglo, así como sus pautas de recepción y lectura, comportaba una comunidad entre novelas, ensayos sobre teoría y crítica literaria, estudios de sociología, política y divulgación de la historia. Recupero a continuación un par de precisiones sobre este aspecto de los miembros del grupo.

Víctor Flores Olea comenzó por atribuir a los “nuevos intelectuales mexicanos” una significación histórica que dependía de su “‘toma de conciencia’ de las contradicciones que definen ya el orden social y político de México, y de la articulación y expresión sistemática de las necesidades de nuestro pueblo”. Carlos Fuentes agregó, por su lado, que el máximo derecho que un intelectual joven debe conquistar es el de “abrir nuevos conductos a la expresión democrática”, aunque más tarde, y con el sabor del anticipo de un responso, reconocerá que si algo puede decir un escritor está en sus libros, el sitio donde lleva a cabo, en cada página, una hermosa liberación, la de un lenguaje secuestrado por el poder. Sin embargo, antes de gozar de la sabiduría de la heterodoxia literaria, ha sido necesario ejercer la ortodoxia de la toma de conciencia y de posiciones públicas, de la beligerancia expresiva: los años del combate que Roland Barthes pretendía haber ejercido al iniciar su carrera literaria, antes de descubrir la *jouissance d'écrire*.

El celo político de los escritores de *Medio Siglo* apenas comenzaba, tenía por delante una década, una tormentosa década para el país y para la porción ibérica del continente americano. ◇